

El viejo maestro, el joven discípulo y la memoria de la Guerra Civil

Alberto REIG TAPIA

Universidad Rovira i Virgili, Tarragona

Ut sementem feceris, ita metes.
Cicerón

On a beau dire, les souvenirs ne peuplent pas, au contraire ils élargissent votre solitude.
Gustave Flaubert

Tal como siembres así recogerás, decía Cicerón, y Tuñón de Lara tuvo siempre el talento y la capacidad de sembrar discípulos y amigos por todas partes gracias a su singular talento y simpatía que producían una inmediata empatía. Por eso le recordamos con cariño, respeto y admiración, y con nuestro recuerdo como apunta Flaubert no hacemos sino acrecentar el sentimiento de soledad que su ausencia nos legó.

El contacto y la convivencia establecidos entre un admirable maestro republicano exiliado, pero cercano, y un joven profesor de Ciencia Política en las postrimerías de la dictadura de Franco, se entienden bien entre otras razones por las muchas preguntas que yo tenía sobre la Guerra Civil y sus consecuencias, que no hallaban fácil respuesta entonces en España, y las múltiples explicaciones de que disponía un protagonista y reconocido estudioso de la misma como Tuñón de Lara. Me preguntaba un tanto irritado por qué no podíamos gozar los españoles de los mismos derechos y libertades que un francés, un italiano, un alemán o un inglés. Resultaba que en dichos países acabaron ganando la guerra civil europea los mismos que aquí en España la habían perdido, y esa decisiva circunstancia aclaraba lo fundamental de esa insoportable situación, pero no todo.

La causa fundamental de la Guerra Civil no había sido la República revolucionaria como martilleaba la propaganda del régimen, sino en primer lugar sus asaltantes, y la consecuencia de la derrota de esta no fue otra que la dictadura del general Franco que nos tocaba padecer a los españoles. Sin guerra civil no habría habido dictadura. Era difícil encontrar esas respuestas en el interior desde una perspectiva estrictamente académica; no imposible, pero sí bastante complicado. Empecé a encontrarlas claras y lúcidas en la obra de Manuel Tuñón de Lara; y de otros maestros, claro está. Pero para mí fue determinante, que es la razón fundamental de estas páginas, haberlas ido clarificando bajo la luz que irradiaba una personalidad de su categoría, influencia y generosidad. No soy en absoluto un caso único ni mucho menos excepcional, «somos legión», podríamos decir tantos de sus lectores, alumnos, discípulos y «paulinos»¹, que recibimos de una manera u otra su magisterio y su influencia intelectual.

Tuñón de Lara entra en mi vida

El ambiente político que por entonces se respiraba en la Universidad española, concretamente en la Complutense madrileña, en los primeros años 70 y la intensidad con que –creo– que casi toda mi generación lo vivía, con ser excitante no facilitaba el sosiego y la reflexión necesarios para profundizar en el estudio y la investigación. No tenía yo la suficiente capacidad para hacer carrera política y académica al mismo tiempo, una vez muerto Franco. Raúl Morodo era mi

¹ Aunque no figure semejante término en el *DRAE*, dicese de aquellos jóvenes investigadores, fundamentalmente españoles y franceses, que, interesados por la gran crisis española del siglo XX, «peregrinaban» a la Universidad de Pau atraídos por la personalidad de Tuñón de Lara para exponer y debatir sobre sus primeras investigaciones en un espacio público común del que él era el alma y motor, y donde se respiraba el saludable aire de la *liberté, l'égalité et la fraternité* francesas, secuestradas en España por la dictadura de Franco. También «la caverna» se sirve de la expresión «tuñonianos» o «hijos de Tuñón» para calificarnos despectivamente a sus discípulos, que, sin embargo, ostentamos dicho título con indisimulado orgullo.

director de tesis, pero también secretario general del partido político en el que militaba y, por aquel entonces, nadie tenía tiempo para nada, todos estábamos febrilmente asistiendo a las últimas boqueadas del franquismo. Comprendí que, o me iba a acabar de formarme fuera de España, o que de permanecer sumergido en la política y el exceso de clases que por entonces nos veíamos obligados a dar los penenes², poco avanzaría en mi carrera académica y me sería muy difícil alcanzar un mínimo de estabilidad profesional. Acepté por disciplina de partido concurrir a las elecciones de la transición en mi colegio profesional, todavía un reducto de franquistas a cuya cabeza figuraba Enrique Thomas de Carranza, uno de los llamados «Siete magníficos» de Alianza Popular. Hicimos una masiva campaña de colegiación y presentamos unos compañeros una candidatura conjunta de unidad democrática, compuesta por el PSOE, el PSP, el PCE y CC OO, y un independiente como decano. Barrimos y allí acabó el control franquista de nuestro Ilustre Colegio Nacional de Doctores y Licenciados en Ciencias Políticas y Sociología. Ejercí un tiempo de vocal de la nueva junta directiva, pero era incapaz de cumplir con solvencia en los distintos frentes en los que andaba comprometido, así que decidí irme a Francia con Tuñón de Lara en cuanto pude.

Las becas españolas que pudieran permitir un mínimo de independencia y financiación, aparte del sesgo político de que aún estaban impregnadas, eran prácticamente inexistentes y difíciles de obtener, y de lo que se trataba era de poderme dedicar única y exclusivamente al estudio y a la investigación, libre de tanta carga docente y las tentaciones de la política. Solicité con tal fin una beca del Ministerio de Asuntos Exteriores francés para doctorarme con Tuñón de Lara en la Universidad de Pau, maestro y Universidad ya célebres en España por los Coloquios de Historia que bajo su dirección se celebraban todos los años desde 1970.

Se requería para la beca adjuntar a la solicitud cartas de presentación de profesores dispuestos a concederte su aval, el expediente académico (obtuve sobresaliente en el examen de reválida de licenciatura), y pasar una prueba oral (una entrevista personal) para comprobar si se tenían suficientes conocimientos de francés como para cursar estudios superiores en la Universidad francesa. Yo presenté cartas de Carlos Ollero, Raúl Morodo, José Antonio Maravall y Enrique Tierno Galván, que recuerde. Tuve suerte en la entrevista que me hicieron en el Liceo francés junto a la Embajada, pues, aunque me desenvolvía bien en ese idioma, mi examinador me preguntó por mis lecturas francesas. Afortunadamente las tenía. Cité a Baudelaire (*Les fleurs du mal*), Verlaine (*Poèmes saturniens*), Rimbaud (*Une saison en enfer*) y Éluard (*Capitale de la douleur*) y mencioné mi gusto por cantantes como Aznavour, Brel, Brassens y Moustaki. Pero lo que le hizo levantar las cejas a mi entrevistador fue cuando, preguntado por si no leía ensayo o novela, le dije que sí y que me entusiasma Camus. Se interesó por lo que había leído de él y apunté que, aparte de sus ensayos *Le mythe de Sisyphe* y *L'homme révolté*, me habían encantado sus novelas *L'étranger*, *La chute* y *La peste*, de la editorial Gallimard, y que había visto representadas en español *Estado de sitio* y *Calígula*, pero que, sin embargo, a Jean-Paul Sartre no lo entendía y me aburría... o porque me aburría no lo entendía (*L'être et le néant*), y que salvo *Les mots* y la representación de *Huis-clos* (A puerta cerrada) y *Les mains sales* (Las manos sucias), que sí me gustaron, no me había interesado nada de él, y que de su enfrentamiento y ruptura con Camus mi opción no albergaba la menor duda. No sé por qué dije aquello. Evidentemente aún no había tenido tiempo de maliciarme lo suficiente y mi tendencia natural era decir lo que pensaba, lo que obviamente me incapacitaba para hacer carrera política. Jean-Paul Sartre era una especie de santón intelectual y político de gran proyección e influencia. Seguía, pues, albergando importantes dosis de ingenuidad. Bien podía haber sido aquel hombre un sartriano convencido, algo bastante común en los jóvenes *enragés* de los 60 que le escuchaban embelesados, subido en bidones arengando a obreros o estudiantes en pleno mayo francés, y haberme puesto en aprietos, pero para mi fortuna resultó ser tan camusiano como yo.

A pesar de las tentaciones de París, tan apetecibles siempre, donde bien podía haberme ido con Pierre Vilar, mi deseo era ampliar estudios y doctorarme bajo la dirección de Tuñón de Lara, a quien ya había leído por recomendación de Enrique Tierno sus *Españas* de los siglos XIX y XX (por fin entendí el siglo XIX que en el bachillerato no supieron explicarme y sin cuya comprensión difícilmente podríamos entender el XX). También había tenido la ocasión de escucharle en Madrid en 1974 en mi propia Facultad en una multitudinaria conferencia sobre las crisis españolas de 1898, 1917 y 1931 con motivo de algunos de los viajes de retorno que empezaba a hacer Tuñón desde su exilio, en París primero y en Pau después. Le presentaron el entonces decano Luis González Seara, que también fue profesor mío de Sociología y que después sería ministro de Educación con Adolfo Suárez, y el prestigioso historiador José Antonio Maravall, catedrático

² PNN (Profesor No Numerario), es decir con contrato administrativo, renovable o no, según voluntad o capricho académico o policial.

de Historia del Pensamiento Político, del que también recibí clases en 4º de Ciencias Políticas de Historia del Pensamiento Político Español.

Fue Enrique Tierno quien me puso en contacto con Tuñón. Se conocieron siendo estudiantes de Derecho en la antigua Facultad madrileña de la calle San Bernardo, aunque Tuñón, algo mayor que él, lo hacía en varios cursos superiores. Empecé a cartearme con Tuñón y seguí haciéndolo regularmente. Desgraciadamente no puedo servirme ahora para la redacción de estas páginas de esa correspondencia preciosa para mí que me permitiría fijar mejor los recuerdos que se agolpan en mi mente. Tuñón, no sé por qué, partía de la base de que por el solo hecho de querer irme con él me denegarían la beca. Afortunadamente se equivocó. Yo quería centrarme en el estudio de la Guerra Civil española, que ya me había seducido desde que leyera, primero, el célebre libro de Thomas, de la editorial Ruedo Ibérico, que nos traíamos de París bajo manga los estudiantes a la primera oportunidad, junto con las *Españas* de Tuñón y otros libros hoy emblemáticos (*El laberinto español* de Gerald Brenan, o *El mito de la Cruzada de Franco* de Herbert R. Southworth), cuando aún estaban prohibidísimas tales obras en España, y más en concreto quería profundizar en el complejo tema de la represión franquista. Tuñón, hombre prudente, me hizo poner como objeto de estudio en mi solicitud de beca «Las relaciones hispano-francesas en la postguerra: la inmigración española en los Pirineos Atlánticos». Así que ocultamos por completo mis verdaderas intenciones de investigar sobre la Guerra Civil y la represión franquista en nombre de la «corrección política» que exigía aquel momento político cuando aún estaba tibio el cadáver de Franco.

Estudiar la Guerra Civil entonces en España y conseguir el padrinazgo de algún catedrático era poco menos que imposible, como yo mismo pude comprobar. Ricardo de la Cierva, el «historiador» oficial franquista entonces completamente desconocido y de bajo rango, era el dueño y señor de todos los archivos y bibliotecas oficiales sobre el particular. Técnico de Información y Turismo, Carlos Robles Piquer, director general de Información y de Cultura Popular después, y cuñado de Fraga, que fuera ministro de Información y Turismo a la sazón (1962-1969), lo puso al frente de la correspondiente sección para poner todo género de dificultades y excusas e impedir la consulta de sus fondos a los estudiosos cerrando las puertas a cualquier joven investigador que no fuera de su cuerda. Los archivos eran su «finca» particular en una insólita patrimonialización del cargo. No digamos por lo que se refería a los archivos militares y judiciales y a los registros de las cárceles y prisiones españolas inaccesibles por aquel entonces. Años después, ya en 1981, aún tuve que acudir a Pedro Laín Entralgo y a Ángel Viñas, entonces director general de Ordenación Universitaria y Profesorado, para pedirles una carta de recomendación para que me dejaran hacer fotocopias en el Servicio Histórico Militar (me permitieron únicamente tomar nota de la documentación que consultaba), cuando, por ejemplo, al entonces coronel Ramón Salas Larrazábal no le habían puesto la menor traba para fotocopiar (suponemos que algún soldado «asistente») los dos tomos de documentación de los cuatro que componen su voluminosa *Historia del Ejército Popular*, editada por Ricardo de la Cierva cuando dirigía la Editora Nacional. El entramado obstruccionista del régimen para estudiar la Guerra Civil era extremo por lo que las estancias en Pau resultaban para cualquiera de nosotros un verdadero soplo de aire fresco.

Me concedieron la beca ante la sorpresa y alegría de Tuñón lo que me permitiría no hacer otra cosa que estudiar e investigar lejos del mundanal ruido madrileño. Tuñón de Lara era por entonces director del Centre de recherches hispaniques du XIX^e et XX^e siècles de la Faculté des Lettres et Sciences humaines de l'Université de Pau & des Pays de l'Adour y su solo prestigio personal invadía todo el centro, alimentado por su increíble capacidad de trabajo. Fue un acierto por mi parte irme con él; aunque formalmente no era licenciado en Historia, mi especialidad en Ciencias Políticas la había hecho en Estudios Ibero-americanos y el preceptivo DEA (Diplôme d'études approfondies), previo al doctorado que se requería en Pau, lo era en Études ibériques et ibéro-américaines, así que era evidente que mi formación iba a adquirir un saludable desarrollo en Cultura y Civilización Hispánicas, de acuerdo con las pautas propias de la Universidad francesa y el gusto particular de Tuñón de acompañar el estudio de la historia con los estudios culturales en general³.

Tuñón, curiosamente para mí cuando lo supe, se inició como politólogo⁴ de la mano de Manuel García Pelayo, al que consideraba su maestro antes de orientarse como historiador,

³ Por ejemplo, Manuel TUÑÓN DE LARA, *Antonio Machado*, París, Pierre Seghers, 1960, obra traducida, reeditada y ampliada como *Antonio Machado, poeta del pueblo*, Barcelona, Nova Terra, 1967, o *Costa y Unamuno en la crisis de fin de siglo*, Madrid, Edicusa, 1974, reeditada y puesta al día en *España: la quiebra de 1898*, Madrid, Sarpe, 1986.

⁴ Por ejemplo, sus artículos publicados bajo el seudónimo «Demos», «La carencia de ideología política de la Falange», *Cuadernos de Estudio*, n.º 1, Madrid, diciembre de 1945, o «Saulo», «Sociedad y Estado», *Cuadernos de Estudio*, n.º 4, Madrid, marzo de 1946; o, ya exiliado sin seudónimo, «La Ciencia Política en la España franquista», *Boletín de la Unión de Intelectuales Españoles en Francia*, n.º 28-29, París, marzo-abril de 1947.

lo que sin embargo hizo de inmediato dando clases de Historia en la Universidad Popular organizada por la FUE (Federación Universitaria Escolar). Me entusiasmaron dos de sus libros más señeros y que tuvieron gran éxito entre los jóvenes universitarios de entonces⁵. El primero, para entender cómo funcionaba en España el bloque oligárquico y de poder, y el segundo, para poner en valor el compromiso político del hombre de letras en la llamada Edad de Plata de la cultura española. Tuñón era un hombre polifacético y, entre otras muchas carencias previas, sus alumnos aprendíamos en sus clases en Pau metodología de la historia⁶. Allí mamábamos de su mano una muy saludable inter y multidisciplinariedad académica (algo que ahora parece querer implantarse en la Universidad española con las licenciaturas de doble grado y los másteres «paraguas») para no encerrarnos en estudios excesivamente especializados. Su voluntad de hacer de la historia una disciplina total impregnaba también los célebres Coloquios de Pau, que él organizó, dirigió y animó en la década de los 70. Allí, aparte de a José Luis de la Granja, *boursier du gouvernement français* como yo, conocí a sus queridos discípulos franceses más directos entonces, Paul Aubert y Jean-Michel Desvois, que rápidamente se convertirían en hispanistas de referencia.

Tierno Galván y Tuñón de Lara tuvieron un peso decisivo en mi formación intelectual. La grandeza de ambos maestros de deslumbrante personalidad para un joven rebelde, confuso, desorientado y sin marco de referencia teórico, en las postrimerías de la dictadura franquista, fue muy grande. Ambos aunaban a su excelencia intelectual un explícito compromiso político antifranquista. El uno hablaba del motor utópico y el otro de la utopía razonable. Aquella música me sonaba muy bien. Sus casas del boulevard de la Paix primero y Gaston Phœbus después, en Pau, de Tuñón, y la de Tierno en Madrid, en la calle Ferraz semiesquina al Paseo Moret, no estaban solo abiertas para algún afortunado visitante sino para cualquiera que recabara su consejo personal.

Tuñón me escribió el prólogo de mi primer libro, que correspondía precisamente al marco teórico y metodológico de mi tesis doctoral, y también lo hacía por aquel entonces con Gabriel Cardona y Francisco Moreno, con los que trabé una gran amistad. En él hizo un no por breve menor despliegue de su sabiduría, capacidad analítica y bondad de corazón habituales, no obstante le atribuyo los comentarios sobre mi persona casi más a los propios de una especie de benévolo «padre intelectual» que a los de un simple «maestro y tutor», creo yo. Desde luego nunca podré estarle suficientemente agradecido por la generosidad de sus palabras⁷.

Años después, con motivo de un homenaje a Tierno Galván, Tuñón, en su contribución, tras evocar su mutua y vieja amistad, escribió:

[...] hay algo de mis relaciones con Enrique Tierno que yo quisiera rememorar porque sirvió para crear, gracias a él, un nuevo lazo de afecto y de trabajo. Fue cuando un buen día, me escribió una carta para ver si, desde la Universidad de Pau, podía yo obtener que viniese a trabajar allí su joven discípulo Alberto Reig Tapia. No era fácil para nosotros obtener becas del Ministerio de Asuntos Exteriores del país vecino para una universidad fronteriza. Se logró, sin embargo; Tierno y yo quedamos felices, y creo que Alberto Reig todavía más. Con el paso de los años pienso que aquella «alternativa» o «transferencia» de discípulo fue como un legado que el viejo compañero de los años mozos me hacía –anticipándose al destino– antes de marchar para siempre⁸.

Para el estudio y profundización de la compleja realidad política española y sus antecedentes históricos acudían –acudíamos– a Pau los jóvenes politólogos, que considerábamos imprescindible una inmersión teórica en los métodos y técnicas que ofrece la historiografía. Nos sentíamos especialmente atraídos por ese foco de investigación y debate que desde la Universidad de Pau alimentaba el profesor Tuñón de Lara desde el Centre de recherches hispaniques que dirigía. Por Pau pasaron historiadores, politólogos, juristas, filósofos, economistas y sociólogos, que harían interminable la lista de «paulinos». Paul Aubert, por ejemplo, era también de formación «politista» (como decía Tuñón) por el Institut de Sciences

5 Manuel TUÑÓN DE LARA, *Historia y realidad del poder. (El poder y las elites en el primer tercio de la España del siglo XX)*, Madrid, Edicusa, 1967, y *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*, Madrid, Tecnos, 1970.

6 Manuel TUÑÓN DE LARA, *Metodología de la historia social de España*, Madrid, Siglo XXI, 1973.

7 Alberto REIG TAPIA, *Ideología e historia. (sobre la represión franquista y la Guerra Civil)*, prólogo de Manuel TUÑÓN DE LARA, Madrid, Akal, 1984, p. 7-11.

8 Semejante comentario, hijo apenas del afecto y de su natural bondad, en Manuel TUÑÓN DE LARA, «Enrique Tierno en el recuerdo», en «Enrique Tierno Galván. El hombre, el intelectual y el político», *Sistema*, n.º 71-72, Madrid, junio de 1986, p. 184-185.

Politiques de Aix-en-Provence, antes de doctorarse en Pau bajo su dirección y orientarse hacia el hispanismo, como fue igualmente mi caso.

Es decir, Tuñón de Lara era mucho más que un reputado historiador. Tenía una muy amplia visión de la Historia como «ciencia» social pues su sólida formación previa en Derecho, Economía y Ciencia Política le predisponían para ello. De ahí el carácter interdisciplinario de sus enseñanzas y de las reuniones científicas que organizó en Francia primero y en España después hasta el fin de sus días. Por eso, pese al conocido «*Paris vaut bien une messe*» del futuro rey de Francia Enrique IV, deseché París y situé en Pau bajo los auspicios de Tuñón de Lara mi centro de operaciones. Y, desde luego, acerté. Allí pude estudiar y leer con una intensidad que París, tan ubérrimo de atractivas tentaciones, no me habría permitido. Francia era un país cuya cultura no solo no me era ajena, sino que había llamado siempre mi atención por influencia materna. Tras obtener con la máxima calificación el preceptivo «DEA» que me exigía la Universidad francesa para poder doctorarme allá, me matriculé en el Institut universitaire de recherche scientifique, donde habría de seguir desarrollando el trabajo de investigación conducente a la defensa de mi tesis doctoral.

Fueron para mí una experiencia imborrable los años que pasé en Francia a caballo entre Pau, Burdeos, París y Madrid, estudiando e investigando bajo la tutoría de «Manolo»⁹. Dada la intensa dinámica política vivida en mi Universidad madrileña, verme entonces sumido en la serenidad y el silencio de la investigación y la plácida vida académica que se vivía en los archivos y bibliotecas de las universidades francesas, especialmente las ya citadas de Pau, Burdeos y París, fue una oportunidad que no podía desaprovechar y que me proporcionó un gran enriquecimiento personal.

Tuñón de Lara no era solo un vencido, un exiliado republicano, un intelectual políticamente comprometido en la lucha contra la dictadura desde su mismo inicio y hasta su último estertor, un profundo experto en la España de los siglos XIX y XX tan ignorada en la enseñanza media y universitaria española del franquismo, sino que era también un hombre extraordinario que tenía amigos en todas partes, a los que me remitía con absoluta generosidad. Siempre cordial, afable, desinteresado... Entraba en su casa como en la mía, me llevaba los libros que quería de su inmensa biblioteca por docenas, sin que mirase los que me llevaba ni exigirme fechas perentorias de devolución. Si se nos hacía tarde descorchaban él o su mujer, Carmina Villanueva, un Burdeos y me invitaban a compartir con ellos y sus hijos unos sabrosos canapés de quesos variados y embutidos oyendo las noticias o charlando de la situación política en España o de cine o literatura. Daba gusto trabajar en tan grato ambiente, con tan gran maestro, pero, sobre todo, con tan magnífico ser humano. Elías Díaz, viejo amigo de Tuñón, ¿quién que lo tratara no acababa por serlo?, se refirió a él junto con otros intelectuales como «viejo maestro»¹⁰, de ahí el título de estas páginas.

Cuando en 1980 se frustró su nombramiento como catedrático extraordinario en la Universidad de las Islas Baleares, por las mismas inconfesables razones de los claustrales respectivos impidiendo la reinserción en la Universidad de su país a otros académicos de indiscutible prestigio, como el psiquiatra Carlos Castilla del Pino o el filósofo Manuel Sacristán, nuestra decepción fue grande. Quizás fueran recelosos los claustrales de sus inequívocas trayectorias políticas, o quizás estuvieran simplemente amedrentados por el desembarco de intelectuales de su talla en lo que consideraban su exclusivo coto privado. Yo me las prometía muy felices pues entre nuestros planes contábamos con haberme ido con él a Palma de Mallorca de profesor ayudante. No contábamos, ingenuos, con la casta universitaria española defendiendo sus intereses más espurios. Cuán distinta habría sido mi vida personal y académica de haber salido bien aquel proyecto.

Mis intentos por cambiarme de área de conocimiento (de la de Ciencia Política a la de Historia) se frustraron también cuando a mi regreso de Francia, me encontré con que, pese a regresar totalmente gratis para el departamento con un «DEA» (el equivalente a un máster) y una tesis de una Universidad extranjera se había corrido el escalafón y habían colocado a la hija de un ministro en mi plaza. Fui a ver a Carlos Seco Serrano, entonces director del Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Información de la UCM, muy bien recomendado por Pedro Laín Entralgo¹¹. El profesor Seco alimentó mis esperanzas inútilmente,

⁹ Le trataba siempre de usted, como tengo por costumbre hacer con cualquiera que pueda ser mi padre, como él mismo, hasta que un día me dijo: «Alberto, tiene gracia que con la confianza que te tengo seas el único de los próximos que aún no me tutea». Creo que a José Luis de la Granja le pasó algo parecido.

¹⁰ Elías DÍAZ, «Tuñón de Lara: la oposición a la dictadura, la transición a la democracia», en *Los viejos maestros: La reconstrucción de la razón*, Madrid, Alianza, 1994, p. 71-92.

¹¹ Tuñón de Lara tenía una buena relación con Pedro Laín Entralgo (nos prologó el libro-homenaje que preparamos José Luis de la Granja y yo), pues Tuñón había sido muy amigo de su hermano José Laín, miembro destacado como él de las JSU (Juventudes Socialistas Unificadas) durante la Guerra Civil.

al parecer presionado por su propio Departamento, pues, al venir yo ya doctor de Francia se hubiera corrido el escalafón a mi favor a costa de los penenes de su Departamento. Además, yo también contaba con el apoyo del catedrático Alberto Gil Novales, discípulo de Luis García de Valdeavellano, pues los dos habían sido profesores míos en Ciencias Políticas y en Ciencias de la Información. No pude ni mi interés entonces indagar en los detalles del rechazo a mi voluntad de integrarme en aquel Departamento, avalado por sus dos principales figuras y mi propia trayectoria, si bien uno de carácter conservador y el otro inequívocamente de izquierdas. Laín le habló muy elogiosamente de mí a Seco Serrano y este manifestó su devoción por «D. Pedro Laín», quien incluso me dijo que ser discípulo de Tuñón era también un aval (¿?) y que se traslucía mi honestidad (¿?) en mi mirada... (¿?). Es evidente que no fue suficiente para él ni esa impresión, ni el prestigio de mis avalistas, ni que, aparte de ser licenciado en Políticas y en Sociología, lo fuera también en Ciencias de la Información, la Facultad en la que ejercía su docencia. Tuñón hizo lo propio con Gil Novales, con quien también mantenía una excelente relación. Al parecer, debió de producirse cierto cortocircuito o choque de trenes de intereses ideológicos enfrentados entre Seco Serrano y Gil Novales y demás miembros del Departamento, lo que en definitiva frustró poder dedicarme profesionalmente (aunque lo siguiera haciendo por libre) plenamente a la Historia Contemporánea de España, como era mi deseo, una vez potenciada mi vocación bajo la influencia de Manuel Tuñón de Lara.

Mis tesis doctorales

En la Universidad de Pau presenté una tesis bajo el título de *La justification idéologique de la répression franquiste pendant la Guerre civile espagnole*, que defendí el 21 de junio de 1981, obteniendo la máxima calificación por unanimidad del jurado. Justo la víspera, me llamó Tuñón, excitado y asustado, diciéndome que tenía que suspenderse el acto pues el presidente del tribunal, el profesor José Extramiana, experto en carlismo y uno de los más perfectos bilingües que me ha sido dado conocer, que llevaba años enfrentado a Tuñón, «celoso» de su ascendente protagonismo y prestigio en aquella Universidad, rechazaba mi tesis pues, en la larga lista bibliográfica final que la acompañaba, no se consignaba la paginación de cada obra, folleto o artículo citado como, al parecer, era preceptivo en la Universidad francesa, no así en la española, pero... estábamos en Francia. Tuñón estaba desolado y no paraba de lamentarse por no habérmelo advertido, sin escucharme y «maldiciendo» la maldad de aquel «colega», que, queriendo hacerle daño a él, tomaba como víctima propiciatoria a uno de sus discípulos sin arte ni parte en esos ataques de celos e intereses académicos espurios e ignorante de ese requisito formal. Le dije que si «eso» era todo y no había criticado nada más el susodicho no había de qué preocuparse. Al parecer, no solo no había más críticas sino que se había deshecho hipócritamente en elogios a Tuñón por el *beau travail* que había dirigido (probablemente ni lo leyó), pero que, lamentándolo mucho, las normas eran las normas y eran iguales para todos, añadiendo un argumento tan trivial como estúpido..., que muy bien habría podido yo «copiar» la bibliografía que adjuntaba en mi tesis doctoral. Naturalmente aguardó a la víspera para comunicar semejante imponderable a Tuñón, director de la tesis, no a mí, el doctorando, en el momento de recibir su ejemplar como presidente del tribunal, ya que obraba en su poder desde hacía casi un mes. Cuando se calmó el bueno de Tuñón le dije que tenía ficha bibliográfica completa, incluida la paginación, de todas y cada una de mis referencias citadas, y que por tanto el pretendido imponderable lo resolvía en unas horas. Recogí el tomo de la tesis del profesor Extramiana, desencuaderné sus 559 páginas para poder retirar los folios de la bibliografía y añadí página a página en mi máquina de escribir en todos y cada uno de los títulos de la lista la paginación correspondiente... (¡entonces no había ordenadores!). Volví a encolar el tomo y se lo llevé a Extramiana a su casa para entregárselo en mano ante su indisimulado asombro. Me disculpé por el imperdonable despiste español, elogí la meticulosidad francesa, le deseé *une bonne soirée* y me despedí hasta el día siguiente en el Salón de Grados. El «día de autos», tras una cortés y breve felicitación por el trabajo presentado, dedicó el citado profesor su intervención a señalarme alguna que otra españolada de mi francés. Afortunadamente para mí no entró en mayores consideraciones pues Tuñón se temía que hubiera aplicado la lente de aumento a la lectura del texto (me temo que Tuñón era aún más ingenuo que yo) y me hiciera Extramiana una crítica demoledora. Así que cuando llegó mi turno de réplica le contesté a tan puntilloso y extravagante profesor, que tomaba muy atenta nota de todo lo que acababa de decirme, que no había conocido a un bilingüe tan excelso en toda mi vida y que resultaba absolutamente imposible para un humano corriente y moliente como yo, aun en mi propio idioma, rayar a su inalcanzable capacidad lingüística. Sonrió complacido, callóse y no hubo nada. El tribunal me concedió por unanimidad la máxima calificación con mayor satisfacción

del propio Tuñón –tal era su contagiosa humanidad–, que mía. ¿Cómo no se le iba a coger cariño si parecía que era él el que se doctoraba?

Mi tesis francesa se concentró en el análisis de la propaganda de guerra franquista y la justificación de la represión en los inicios del conflicto y se adelantó cronológicamente a la tesis española por razones ajenas a la Universidad y a las que a continuación me referiré. Las iba elaborando conjuntamente bajo la tutoría de Tuñón pues había acumulado durante mis años de estudio e investigación un ingente material que me daba sobradamente para ambas y que me permitía presentar en la Complutense un trabajo más ambicioso teórica y metodológicamente, más sistemático, mucho más amplio, y con una mayor pretensión generalista que la tesis francesa.

No quería obviar (con la excusa del empirismo puro y duro de una tesis doctoral) el imprescindible marco teórico que, a juicio del propio Tuñón y mío, y también de Raúl Morodo, mi director formal de la tesis española, es inherente a una tesis. La conjunción de ambos elementos era la mejor garantía para un trabajo académico digno. Opté contra todo pragmatismo por concentrar mi curiosidad y mi esfuerzo intelectual en la apasionante, compleja y controvertida temática de la Guerra Civil española, tarea que dada su inabarcable dimensión, no me garantizaba precisamente obtener créditos a corto plazo, pero la ayuda de Tuñón era para mí toda una garantía.

¿Por qué me atrajo tanto la Guerra Civil no siendo hijo en términos estrictos ni de vencedores ni de vencidos? Mi padre acabó la guerra como sargento del Ejército Popular (viendo lúcidamente, pese a la propaganda del Gobierno, que la guerra la iba a ganar Franco, se negó en su condición de universitario a hacer los cursos para oficial), pero no tuvo el menor problema para ser avalado y pasar la correspondiente depuración al final de la guerra; su hermano Joaquín, que se pasó la Guerra Civil en Berlín trabajando para la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda de Falange de Burgos y autor de *España heroica (Helden in Spanien, 1938)*, que pasa por ser el mejor documental de propaganda franquista, mantenía unas estrechísimas relaciones con el Departamento de Propaganda y Cinematografía de Burgos. Nuestro padre no nos habló jamás de la guerra ni a mí ni a mis hermanos hasta que nosotros mismos, ya universitarios, le planteábamos cuestiones, a las que siempre nos respondió con el aval de su probada inteligencia y ponderación de juicio. Mi hermano Arturo, dos años mayor que yo, y yo mismo, él cursando Económicas y yo Políticas, no podíamos dejar de comentarle cuestiones derivadas de aquella politizada Universidad, en la que aún se respiraba el drama de la Guerra Civil y sus consecuencias inmediatas, reavivadas por nuestras respectivas lecturas universitarias.

Fueron muchas las razones, pero sin la menor duda el contacto y la relación con Tierno Galván y sobre todo con Tuñón de Lara después fueron las que más contribuyeron a acrecentar mi interés por la Guerra Civil. Tierno me habló de unos papeles sin inventariar depositados en la fantástica Hemeroteca Municipal de Madrid, donde me topaba con jóvenes profesores míos como Antonio Elorza o hispanistas como Ian Gibson o Paul Preston. Y efectivamente allí pude estudiar varias carpetas muy voluminosas, que contenían abundante documentación bajo las siglas PVG (Papeles Varios de la Guerra Civil). Eran una mina sin explorar y allí me encontré con algo que me determinó a proseguir en la investigación, ya que al menos pude comprobar que me producía satisfacciones que no podían pagarse con dinero. El factor determinante fue el hecho circunstancial de haber descubierto allí un documento de especial interés para mí. Se trataba de un elogioso poema dedicado «al comisario» firmado por un «Anónimo», es decir, un miliciano desconocido, lo que le otorgaba un valor añadido al escrito publicado en el periódico del Batallón (una simple hoja tirada a ciclostil), cuyo comisario era entonces Carlos Toro Gallego, padre de un gran amigo mío, excombatiente republicano y fervoroso comunista, que llegó a ser comisario político de Batallón del Ejército del Centro al final de la Guerra Civil. Franco se lo encontró en la cárcel con otros compañeros (expediente Eugenio Mesón, compañero de Juana Doña, tía de otro amigo mío) que se habían opuesto al golpe del coronel Casado. Condenado a muerte y después indultado, purgó por ello en conjunto, tras una breve excarcelación y una nueva *caída*, 17 años de cárcel sin otro «delito» que su leal militancia comunista. El propio interesado ignoraba por completo la existencia de tal poema pues, cuando fue publicado en el periódico del Batallón, él se encontraba herido en un hospital militar alejado del frente. Así que su lectura fue todo un descubrimiento. Ver tan profundamente emocionados a los padres de mi amigo y a él mismo en aquel momento, como al mismo Tuñón cuando le conté esta anécdota, me hizo sentirme aún más rabiosamente antifranquista de lo que ya lo era a la vista de la entereza y dignidad de aquellos viejos combatientes republicanos. Tuve la clara percepción de que, en aquel momento, el viejo luchador vio compensado tanto sufrimiento. Apenas el reconocimiento anónimo, totalmente desinteresado, de un simple e

ignorado miliciano, a su jefe político. La propaganda franquista tachaba de asesinos a todos los comisarios políticos, y Tuñón el dicitario más fino que recibía era el de «estalinista». Aquella sentida y conmovedora experiencia acabó por excitar al máximo mi interés por aquel dramático conflicto que tanto ha marcado la vida de los españoles del siglo XX y que no dejará nunca de abandonarme del todo. Aquel «descubrimiento» me proporcionó una satisfacción tan grande, y tan simple al mismo tiempo, que me hizo comprender que había compensaciones en esta vida impagables y a las que merece la pena entregarse sin prisa pero sin pausa¹². Por otra parte, observar a diario el entusiasmo y entrega de Tuñón en su trabajo, el amor por su país, y, sin embargo, tener que soportar los miserables ataques que recibía de la prensa de la caverna, no dejaban de servirme de acicate para proseguir mi tarea. ¿Con quién mejor que con él, por español que la vivió en el bando leal y después la investigó y la estudió en profundidad, habríamos de aproximarnos a la Guerra Civil los jóvenes estudiosos interesados por ella?

La Guerra Civil y sus consecuencias eran inevitablemente el tema político e histórico que más interés suscitaba entre los compañeros y amigos de mi generación, de la de Tuñón, de la anterior, de la de en medio, y de la que vino después de la nuestra. ¿Cómo no iba a apasionarnos indagar en la gran crisis española del siglo XX, como acertadamente la calificó Carlos M. Rama? En primer lugar, porque vivíamos bajo una dictadura que nos repugnaba en todos los sentidos. ¿Cómo era posible que durara tanto tiempo su incontestado *caudillo*? ¿Cómo era posible que la oposición frontal a la misma no se hiciera más explícita y masiva? A estos ingenuos interrogantes propios de joven estudiante de clase media acomodada que, para su fortuna, había crecido ignorante y ajeno de tantas represiones y humillaciones, vino a dar concisa contestación, primero, mi propio padre: «Si hubieras vivido la Guerra Civil como le tocó a mi generación vivirla, con muertos por todas partes y tanta sangre inútil, tanto miedo, tanta locura, lo comprenderías perfectamente», me dijo. Después, las lecturas universitarias y tantas charlas con Tuñón irían contribuyendo a una mayor comprensión de aquel inmenso drama que fue la Guerra Civil.

Curiosamente, cuando ambos se conocieron, conectaron de inmediato y charlaron por los codos pues no en balde eran miembros de la misma generación, y aunque ambos fueron antiazañistas desde diferentes perspectivas ideológicas, recuerdo que, en una comida en casa de mis padres, confesaron ambos estar completamente equivocados entonces, consideraron ambos que, si hubieran andado más lúcidos en su juventud, habrían apoyado a Azaña, que era el político al que habría que haber otorgado su confianza entonces. Estaba claro que sin conocer las causas de esa guerra y cómo pudo llegarse a semejante locura, nada podía entenderse de la situación que nos tocaba vivir, por dura que fuera la represión franquista. Tuñón de Lara fue, pues, para mí una especie de padre «espiritual» que me ayudó a poner un poco de orden intelectual en mis ignorancias y en mis apresuradas conclusiones. Me admiraba que un hombre que había estado en el ojo del huracán de la contienda fuera capaz de hablar de ella desapasionadamente con la objetividad inherente al historiador. La cruel represión ciertamente y la pasividad de la mayoría frente a la dictadura por el miedo y el recuerdo de la guerra eran factores clave para explicar su prolongada duración. En segundo lugar, a pesar de la inmensidad de la bibliografía existente y el numeroso elenco de investigadores prestigiosos que habían escrito sobre el asunto, eran pocos, por no decir que prácticamente nadie, los autores españoles del interior que habían hecho, por razones políticas obvias, aportaciones de mérito, así que me dije que bien pudiera merecer la pena intentar incorporar algún nombre español a tan larga lista de ilustres hispanistas extranjeros que tanta atención nos habían dedicado. El planteamiento era ambicioso en exceso e hijo de una considerable falta de sentido de la realidad. Cada nueva lectura me abría nuevas perspectivas y me planteaba nuevos interrogantes en una interminable carrera de fondo, cuyo cartel de meta parecía inexistente pues no se vislumbraba siquiera en lo más lejano del horizonte el punto de arribada. La Guerra Civil (la biblioteca personal de Tuñón) me proporcionaba un volumen de conocimientos políticos, económicos, sociales, culturales, históricos, humanos en suma, inabarcables y a cual más apasionante, pero, al mismo tiempo, resultaba imposible sustraerse de ellos. Tuve que acumular muchas lecturas y escuchar muy atentamente los comentarios de Tuñón al respecto, haciendo de abogado del diablo y abriéndome nuevas perspectivas cada vez que pensaba tener un tema más o menos cerrado. No era fácil poner algo de orden sobre el papel mínimamente coherente o novedoso sobre cuestión tan controvertida como la Guerra Civil española. Paradójicamente, y en contra del papel que la caverna atribuía a Tuñón como formador e inductor de «revolucionarios» o «izquierdistas» rabiosos, el maestro era siempre el que «enfriaba» al «apasionado» discípulo.

¹² Carlos Toro Gallego tenía escritas unas memorias que jamás llegó a publicar y que yo tuve oportunidad de leer gracias a la amistad que me une a su hijo. A ellas me referí en Alberto REIG TAPIA, *Franco. El César superlativo*, Madrid, Tecnos, 2005, p. 285-288.

Todavía recuerdo vivamente el día en que, ya muy próxima la finalización de la redacción de mi tesis española, tras haber dado clase en dos grupos, bastante cansado, repasaba unas notas a la espera del comienzo de la tercera clase de la jornada cuando me interrumpió un bedel en el seminario del Departamento para anunciarme que había sido suspendida toda actividad académica y recomendaban que nos retiráramos todos a nuestras casas. La Facultad estaba desolada, bajé al bar y un nutrido grupo de estudiantes (muchos de ellos con lágrimas en los ojos), atendían a un transistor. Eran alrededor de las siete de la tarde del 23 de febrero de 1981. Inevitablemente empecé a recordar los célebres versos de Antonio Machado: «Otra vez –¡otra vez!– ¡oh triste España!»... ¿Iba a anegarlo todo de nuevo el llanto?, cabía legítimamente preguntarse. ¿Otra vez habríamos de exclamar con justa indignación «¡todo vendido!»? Al igual que el título de la famosa obra de Jean Giraudoux *La guerre de Troie n'aura pas lieu*, ¿iría mi tesis doctoral española a no tener lugar, ocasión, oportunidad, quedar indefendida, inédita, inerme, definitivamente proscrita ante tales acontecimientos, podría verse forzada a las catacumbas de una nueva y larga noche de piedra postfranquista? Esa sola posibilidad me aceleraba el pulso. No es ya que tanto trabajo, tanto polvo tragado en hemerotecas, bibliotecas y archivos hubiera podido ser inútil, apenas inhalado para diluirse en el olvido, es que la mera posibilidad de que el pasado pudiera volver –¡y estaba allí mismo corporeizándose con una pistola en la mano en la sede de la soberanía popular!– me suscitaba sentimientos y pensamientos irreproducibles. El fallido golpe de Estado me obligó a retrasar más de un año la defensa de mi tesis española, dada la cargada agenda de los miembros del tribunal que lo componían.

Después de sucesivos retrasos pude defenderla bajo el título de *La represión franquista y la Guerra Civil: consideraciones metodológicas, instrumentalización política y justificación ideológica* el 26 de mayo de 1982 ante un tribunal enteramente constituido para mi satisfacción por prestigiosos catedráticos, todos ellos directa o indirectamente implicados en mi originaria vocación y en toda mi trayectoria docente e investigadora. Eran: Carlos Ollero, presidente, y vocales, Enrique Tierno Galván, Manuel Tuñón de Lara (desgraciadamente ya desaparecidos los tres), Raúl Morodo y Miguel Martínez Cuadrado, que, generosamente, me concedieron por unanimidad la máxima calificación de «*summa cum laude*». Mi tesis española era como la culminación de un prolongado período de mi vida muy centrado en la Guerra Civil. En esta ocasión no tuve que desencuadernar de las 1.159 páginas en dos volúmenes de que constaba, las correspondientes a la bibliografía pues, aunque nadie del tribunal –creo– que me lo habría exigido, todas y cada una de las referencias bibliográficas que adjuntaba iban acompañadas de su paginación correspondiente.

Aunque quedé exhausto fue ciertamente uno de los momentos más dulces que me ha tocado vivir en la Universidad, sobre todo por la asistencia emocionada de mis padres, ya desgraciadamente desaparecidos los dos.

Combats pour l'histoire

Poco pude imaginar que, cuando decidí estudiar e investigar sobre la Guerra Civil española, esta habría de atraparme de por vida como si de un combatiente más de la misma se tratara. Y menos aún que me vería envuelto, con el mismo Tuñón a la cabeza, en la apasionante tarea de divulgar a gran escala su conocimiento. Tuñón de Lara la había vivido y no dejaba de historiarla, pero cuando trabajamos juntos en Pau no imaginé que, tras mi regreso a España y la defensa de mis respectivas tesis, íbamos a vernos ambos sumidos de nuevo en el combate por la historia asociado a la Guerra Civil, y que nuestra relación iba a mantenerse aún en la distancia tan viva como desde que nos conocimos y hasta el mismo momento de su muerte.

A partir del otoño de 1981 pude desarrollar una intensa actividad investigadora gracias a la feliz circunstancia que me permitió incorporarme a un ambicioso proyecto de TVE. Se trataba de explicar a todos los españoles su propio pasado, tan condicionante del apasionante presente que todos estábamos viviendo desde la muerte del general Franco, para lo cual TVE se proponía producir una serie histórica de amplio espectro bajo el título genérico de «Memorias españolas», que, a su vez, incluiría dos grandes series: la primera abarcaría desde 1896 (fecha correspondiente a las primeras filmaciones conservadas) hasta 1936. En definitiva, los antecedentes de la Guerra Civil. Y la segunda, «España en guerra, 1936-1939», que habría de ser necesariamente la estrella de la programación de la primera cadena de TVE, que se disponía a emitirla en 1986 con motivo del cincuentenario de su comienzo, aunque por inevitables retrasos salió finalmente en 1987. Fue para mí una oportunidad de oro, que no podía desaprovechar, el poder contribuir al desarrollo de la cultura política española a través de un medio de comunicación masiva como TVE. Contratado como investigador-histórico

adjunto a la dirección, mi primer encargo del director, conecedor de que venía de doctorarme en Pau con Tuñón, fue convencerle para que se sumara al proyecto¹³.

Yo solía quedar con Tuñón en sus primeros viajes a Madrid en el hotel Victoria de la Plaza de Santa Ana, y después en el Conde Duque en la Plaza del Conde del Valle de Suchil, donde se encontraban las oficinas de *Triunfo y Tiempo de Historia*, que dirigía Eduardo Haro Tecglen, también amigo de Tuñón y de mi padre, y la librería Marcial Pons, donde Tuñón se abastecía de todo tipo de libros para su trabajo. Ello me permitía intercambiar opiniones con él con entera libertad, al margen de las sesiones de trabajo en las que participábamos ambos para las dos sucesivas series de TVE sobre la memoria histórica del siglo XX. Fue en esas ocasiones cuando tomé mayor conciencia de las injustas críticas que recibía de la prensa de la caverna y el silencio, para mi incomprensible, de la más liberal y democrática. Tuñón era sobre todo un profesor, un historiador, un hombre de debate intelectual y toda aquella casquería política le deprimía y no acababa de comprenderla. Curiosamente, mientras Ricardo de la Cierva le censuraba sus libros y arremetía contra él tachándolo de comunista o marxista, pretendiendo desprestigiarle así, él me forzaba a rebajar el diapasón en mis críticas a semejante personaje y su obra. Y es que todavía hay «clases» y siempre las habrá.

El guión literario definitivo, es decir, el texto de la locución de la serie «España en guerra, 1936-1939» alcanzó dos volúmenes de 577 páginas. Conseguimos un apretado texto historiográfico equilibrado, riguroso y creo que «audible» y legible, que quedó infortunadamente inédito pues los derechos le pertenecían a TVE. Tuñón desplegó toda su sabiduría y experiencia, aportando su profundo conocimiento sobre la Guerra Civil, dejándose llevar en muchas ocasiones por su natural tendencia al debate intelectual, sin reparar que no estábamos en la Universidad o en coloquios o congresos académicos, y que teníamos que sacar adelante un guión cinematográfico claro y didáctico en un tiempo perentorio. Afortunadamente, dentro del elenco de historiadores-asesores de que disponíamos, pudimos contar con Ángel Viñas, quien desarrolló una ingente tarea en el seno del consejo, y cuya capacidad de trabajo no cesaba de sorprenderme y admirarme, como me sigue sorprendiendo y admirando hoy en día. Pese a su intensa agenda jamás eludió la cita de TVE, consciente de la importancia cultural de lo que estábamos haciendo. Agotado y rendido por el sueño muchas veces, pues no paraba de subirse y bajarse de aviones, delante o detrás de Fernando Morán, entonces ministro de Asuntos Exteriores en el primer Gobierno de Felipe González y del que era asesor ejecutivo, daba una brevísima cabezada en medio de las reuniones del consejo asesor que duraban cinco escasos minutos, que Josep Benet y demás fumadores aprovechaban para echarse un cigarrillo, y tras cuyo despertar nos ponía firmes a todos los miembros del consejo a trabajar y era incluso él mismo quien era capaz de recoger la síntesis de muchas discusiones académicas inútiles, propias de la Universidad pero poco prácticas, para un programa de divulgación cuyo guión literario tenía que ser claro y conciso. Teníamos que acabar cada reunión con un texto consensuado por todos y rigurosamente historiográfico, sobre el que trabajaría el equipo técnico, y en esto Ángel Viñas nos sacó numerosas veces del atolladero.

El intenso «bombardeo mediático» de que fuimos objeto el equipo directivo del programa por parte del franquismo residual no fue capaz de desestabilizarnos ni al director ni al Consejo asesor y de redacción. En ocasiones los ataques resultaban grotescos, como cuando descalificaron el excelente monográfico que resultó el episodio dedicado al bombardeo de Guernica ignorando o despreciando que formaban parte del Consejo nada menos que tres miembros (Manuel Tuñón de Lara, Ángel Viñas y Fernando García de Cortázar) de la Comisión permanente encargada del estudio del bombardeo de Guernica con motivo del 40 aniversario del mismo, que contaban con publicaciones al respecto, además de un especialista en historia militar de la categoría de Gabriel Cardona y otros, y que incluso yo mismo en el momento de emitirse el programa tenía publicados dos estudios sobre el bombardeo¹⁴. No hubo emisión de capítulo que no fuera contestada al día siguiente desde las plataformas residuales mediáticas franquistas aún instaladas en la «ideología de victoria». Todo ello reforzaba la inevitable amistad que produce luchar conjuntamente por un proyecto renovador bajo el fuego graneado de los inmovilistas más inasequibles al desaliento que, por aquel entonces, luchaban denodadamente por impedir la recuperación de la memoria histórica y, por ende, la consolidación democrática en nuestro

13 Me he referido básicamente a esta experiencia, aunque muy brevemente, en Alberto REIG TAPIA, *Ideología e Historia...*, op. cit., «El miedo a la Historia», p. 33-44, y en Alberto REIG TAPIA, «Tuñón de Lara y la vieja memoria», en *Manuel Tuñón de Lara, maestro de historiadores*. Coordinador: José Luis DE LA GRANJA SAINZ, Bilbao/Madrid, Universidad del País Vasco/Casa de Velázquez, 1994, p. 131-140. Fue aquel un período de combate por la historia tan intenso como emocionante del que, para mi desgracia, solo puedo dar testimonio sobre la base de mi mala memoria.

14 Alberto REIG TAPIA, «Guernica: historia y propaganda», en VV. AA., *La Guerra Civil en Euskadi*, Bilbao, Iparragirre, 1987, p. 163-182, y «Guernica como símbolo», en *La Guerra Civil en el País Vasco 50 años después*. Edición al cuidado de José Luis DE LA GRANJA y Carmelo Garitaonandía. Bilbao, Universidad del País Vasco, 1987, p. 123-155.

país. Del programa no cabía inferir más lectura política que la defensa, serena pero firme, de la legalidad y de la legitimidad del Estado democrático republicano frente al golpismo insurreccional; del civilismo frente al militarismo; de la democracia frente a la dictadura, por más que muchos pretendidos intelectuales cortesanos o de salón pretendieran interesadamente mezclar los años republicanos y los de la Transición, las izquierdas y derechas de entonces y de después, la República y Monarquía como formas de gobierno o como instrumentos de combate a cuenta del programa. No resisto ahora la tentación de citar, tras la continuada proliferación de demócratas, centristas y constitucionalistas de toda la vida que nos ha venido progresivamente invadiendo desde la muerte de Franco, a algunos de los nombres que, sistemáticamente, hicieron cuanto pudieron por «dinamitar» la serie, con críticas interesadas, sesgadas y fuera de contexto en unos casos, y con meras diatribas propagandísticas en otros. Entre los primeros, Javier Tusell, para nuestra sorpresa y decepción, pues evacuó críticas injustas numerosas veces, ignorante de no pocas cuestiones cinematográficas y documentales por completo ajenas a cualquier tipo de sectarismo ideológico, como le hice saber personalmente, quizás por no formar parte él mismo del consejo asesor pues alguna insinuación al respecto se le pudo leer entonces, o José María García Escudero, que fue una auténtica apisonadora que publicaba en el diario *Ya* la crítica de cada episodio emitido, que le entregábamos antes de la emisión para que pudiera diseccionarlo a capricho, buscando siempre tres pies al gato y con el que me crucé varias cartas respetuosas pero firmes en la defensa de lo que estábamos haciendo con nuestra mejor voluntad y conocimiento. Quizás sorprendido por ser yo hijo de quien era, ya que trató mucho profesionalmente a mi padre y me hizo saber el respeto y consideración que le tuvo, confundiendo la velocidad con el tocino. Me irritaba que alguien que había sido nada menos que director general de Cinematografía (cargo que rechazó mi padre) tampoco entendiera los límites y condicionamientos del cine documental. Entre los más montaraces destacaba un tal «Spectator», que se ocultaba gallardamente en tal pseudónimo para verter simple vitriolo en sus comentarios. Fernando Vizcaíno Casas, Antonio Izquierdo y Ricardo de la Cierva disparaban con particular saña contra Tuñón de Lara, al que pretendían convertir poco menos que en el comisario político comunista de TVE (Tuñón llevaba alejado del PCE desde la invasión de Budapest por las tropas soviéticas en 1956), para imponer una visión izquierdista de la Guerra Civil. Nos «machacaron» inmisericordemente no ya los «patrióticos» *El Imparcial* y *El Alcázar*, que lo hicieron sistemáticamente, ante la emisión de cada capítulo durante todo el año de emisión, así como los residuos de la antigua prensa del Movimiento, sino también el «liberal» *ABC* o el «católico» *Ya*. *El País*, ajeno a aquella guerra mediática, se consideró cumplido apenas con un editorial en nuestra defensa y una columna de Eduardo Haro Tecglen. Creo que justamente indignado por aquella campaña de injurias envié a título particular (el Consejo decidió no replicar nunca) un artículo a *El País*¹⁵, que pareció ignorar la trascendencia de la batalla ideológico-política en curso que se estaba librando, pues, aunque lo publicó, lo hizo en las páginas de televisión como queriendo reducir a simple disputa profesional o técnica lo que ni siquiera era una disputa entre historiadores (ojalá lo hubiese sido) de distintas escuelas o metodologías, sino una cuestión política de gran trascendencia: el franquismo tenía secuestrada la memoria democrática y no estaba dispuesta a permitir su recuperación. Acumulé como secretario del consejo una gran cantidad de correspondencia al respecto y numerosos anónimos insultantes y amenazadores de muerte, que más que helarme la sangre me hacían rebosar de indignación. Tan precioso material documental desapareció conjuntamente con mi correspondencia con Tuñón, no por mi causa o un fortuito descuido sino por la infinita estupidez moral de algún ser humano muy próximo entonces a mí y siempre dispuesto a corroborar el sarcástico comentario de Einstein asociándola a la infinitud del universo.

Aquellas «batallitas» mediáticas le deprimían profundamente a Tuñón, siempre delicado de salud, cuya dimisión del consejo hube de parar no menos de dos veces, echando toda la carne en el asador, para hacerle comprender que, por mucho que ejerciéramos de historiadores, aquello no era un debate entre colegas sino una batalla política más, como consecuencia de la caspa franquista heredada, y que un hombre como él, por ser precisamente quien era, no podía refugiarse en el mundo académico de tesis, investigaciones y debates, que era lo que verdaderamente le apasionaba. Había que fajarse con la caverna, obsesionada por obtener su cabeza a cualquier precio, o nos reventarían otra vez el razonable propósito orteguiano de un proyecto de vida en común.

La sombra de Tuñón de Lara no dejó nunca de acompañarme todos los años, desde que entré en contacto con él por primera vez hasta su muerte, y de los que me resulta imposible en el espacio de que dispongo dar somera cuenta. Especialmente intensos fueron los tres años

¹⁵ Alberto REIG TAPIA, «Historia, cine y TVE», *El País*, 25 de noviembre de 1987.

pasados a su vera en la Universidad de Pau y tras defender mis dos tesis doctorales en cuyos tribunales no podía faltar, pero también durante los cinco años «guerreros» de TVE. Desde entonces, y pese a desenvolverme profesionalmente en una Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, siempre que pude traté de contar con él, como cuando se me encargó la elaboración de un dossier especial con motivo del centenario del nacimiento del general Franco¹⁶. Contacté y conseguí la colaboración de un brillantísimo y plural plantel de académicos, intelectuales, escritores y expertos de distinta orientación ideológica; entre ellos tuve especial interés en poder contar con Gonzalo Fernández de la Mora y Fernando Vizcaíno Casas. A diferencia de los censores vocacionales, nosotros estábamos dispuestos al diálogo abierto y la confrontación de nuestras opiniones, nunca expresadas a la ligera o por intereses partidistas, sino sobre la misma base empírica que nuestro oficio nos impone. El mismo Gonzalo Fernández de la Mora me pidió la lista de los demás colaboradores y quedó sorprendido de que hubiera contado, aparte de con él, también con Fernando Vizcaíno Casas, quien nos había puesto «a parir», como ya he dicho, cuando se emitió «España en guerra». Fernández de la Mora me exigió que su artículo *debía* publicarse tal y como él lo mandara, sin entender que de «eso» era justamente de lo que se trataba encargándose, y que nosotros (yo en ese caso) si repudiábamos la censura por una cuestión de principio, menos íbamos a aplicarla por diferencias ideológicas. A partir de entonces me envió gratuitamente la revista *Razón Española*.

Al año siguiente, fue motivo de especial satisfacción rendirle tributo intelectual a tan querido maestro como lo fue Manuel Tuñón de Lara en una obra-homenaje a su figura concebida, dirigida y editada conjuntamente por José Luis de la Granja y por mí, en la que rompimos el esquema habitual de los libros-homenaje al uso, trazando también su biografía intelectual (ese empeño nos permitió a José Luis y a mí amplias y reiteradas conversaciones con él de lo más apasionantes), y acompañándola de estudios específicos sobre su obra, llevados a cabo por destacados especialistas, todos ellos prestigiosos colegas, aparte de un exhaustivo repertorio bibliográfico y documental sobre su amplísima producción intelectual. Creemos tener la satisfacción de poder decir que se ha convertido en un libro de referencia para el conocimiento de la vida y obra de Tuñón de Lara¹⁷. Son muchos los homenajes dedicados a su figura, tanto en vida¹⁸ como a partir de su fallecimiento el 25 de enero de 1997. Quizás el celebrado aquel verano, dentro de los cursos de la Universidad Complutense en El Escorial (4-8 de agosto), a raíz de su muerte, haya sido uno de los más emotivos, al menos para mí por razones obvias. Organizado por el mismo José Luis sobre todo, por mí y por Ricardo Miralles, participaron un destacado plantel de especialistas e hispanistas, cuyos trabajos editamos, junto con algunas de las intervenciones de otro curso celebrado en su honor en la Universidad de Jaén (6-8 de mayo)¹⁹.

Cuando la Universidad de Pau organizó un coloquio en su honor sobre *Les Espagnols et la Guerre civile* en noviembre de 1996, Tuñón ya se encontraba muy delicado de salud; de hecho no pudo acudir a él por ello. Cuando publiqué mi intervención en aquel Coloquio, *Histoire et mémoire de la Guerre civile*, no pude imaginar que apenas le quedaban unos días de vida cuando inserté en mi texto esta dedicatoria: «Al viejo maestro Manolo Tuñón de Lara que, en los tiempos sombríos, antes de devolvernos la Historia secuestrada, nos enseñó el valor irrenunciable de la dignidad»²⁰. Aún impresionado por su súbito fallecimiento, en el artículo que me encargó Elías Díaz sobre su figura encabecé mi texto con estas palabras de Cicerón: *Vita enim mortuorum in memoria est posita vivorum*, y estas otras de Catulo:

16 Alberto REIG TAPIA, «Claves y mitos del franquismo», en «Franco, 100 años». Coordinador: Alberto REIG TAPIA. Los dossiers de *El Siglo* n.º 1. *El Siglo*, n.º 59, Madrid, 7 de diciembre de 1992, p. II-VI. Aparte del artículo introductorio, me ocupé de adjuntar una bibliografía y filmografía seleccionadas: «Para conocer el franquismo», y una selección de textos: «Palabras para la Historia». El dossier incluye trabajos de Manuel Tuñón de Lara, Manuel Pastor, Gonzalo Fernández de la Mora, Ramón Cotarelo, Ángel Viñas, Antonio Marquina, Fernando Morán, Manuel Vázquez Montalbán, Fernando Vizcaíno Casas, Luciano Rincón, Paul Preston y Luis Carandell.

17 *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia. Su vida y su obra*. Edición al cuidado de José Luis DE LA GRANJA y Alberto REIG TAPIA, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1993.

18 A mi juicio, la *Semana de historia homenaje a Tuñón de Lara*, celebrada en Santander, siendo rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo Raúl MORODO, y coordinada por Santiago CASTILLO, Carlos FORCADELL, María del Carmen GARCÍA NIETO y Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN, fue el más importante de todos. Entre los moderadores de los debates entonces se encontraban Miguel ARTOLA, José Luis GARCÍA DELGADO, Francisco TOMÁS Y VALIENTE, Ángel VIÑAS y Pierre VILAR.

19 *Tuñón de Lara y la historiografía española*. Edición al cuidado de José Luis DE LA GRANJA, Alberto REIG TAPIA, y Ricardo MIRALLES. Prólogo de Josep FONTANA. Madrid, Siglo XXI, 1999. Con colaboraciones de Julio ARÓSTEGUI, Justo G. BERAMENDI, Jean-Michel DESVOIS, Luis GARRIDO, Elena HERNÁNDEZ SANDOICA, Santos JULIÁ, María Victoria LÓPEZ-CORDÓN, Joseph Pérez, José Miguel PÉREZ GARCÍA, Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN, Manuel PÉREZ LEDESMA, Paul PRESTON, Borja DE RIQUER, Manuel SUÁREZ CORTINA, Ramón VILLARES, Ángel VIÑAS y las de los propios editores.

20 Alberto REIG TAPIA, «Memoria viva y memoria olvidada de la Guerra Civil», *Sistema*, n.º 136, enero de 1997, p. 27.

*Soles occidere et redire possunt:
nobis, cum semel occidit brevis lux,
nox est perpetua una dormienda*²¹.

Despedida

Así es, la vida de los muertos está destinada a perpetuarse en la memoria de los vivos, y los soles se encienden y se apagan, pero nosotros, cuando se extingue su breve luz, nos sumimos en un sueño perpetuo. En cuanto tuve pronta noticia de su muerte me faltó tiempo para coger el coche y enfilarse la autopista camino de Bilbao recordando a lo largo del trayecto los mejores momentos de mi vida pasados con él. Le despedimos todos los allí presentes: familiares y unos cuantos amigos, colegas y discípulos con claveles rojos. Entre los mayores hablaron Julio Aróstegui, Manuel Pérez Ledesma y Elías Díaz, y entre los más jóvenes José Luis de la Granja, Ricardo Miralles y yo, que le dediqué estas palabras:

*Querido Manolo: Qué difícil es decirte nada no estando ya con nosotros aunque ya vivas siempre entre nosotros. Tú, como yo –perdóname tan audaz comparación de la que ya no puedes defenderte– fuiste político y politólogo antes que historiador. Si el primero de ellos, Aristóteles, dijo que: «Nada hay en el intelecto que anteriormente no hubiese sido captado por los sentidos», comprenderás que yo no pueda contradecirle ni decirte nada que no esté impregnado de una profunda y condicionante emoción. Emoción primera experimentada en la Librería Española de París acariciando goloso las tapas duras, rojas y blancas, con letras doradas, de tu querida España del siglo xx. Emoción continuada leyendo tus cuartillas mecanografiadas que me enviabas en papel de la Universidad de Pau y geoméricamente acrecentada escuchándote y disfrutando de tu magisterio y amistad. Yo, como Federico, que no quiso ver la sangre de Ignacio sobre la arena, no he podido verte pues ya te habías ido, y prefiero conservar en mi memoria el fulgor azul de tu mirada amiga. Y sé muy bien que lo comprendes perfectamente. Gracias por tu obra, pero gracias sobre todo por tu ejemplo excepcional porque, aun admitiendo que haya otros, ninguno lo ha sido intelectualmente para mí, como el tuyo, tan desbordantemente generoso. Y yo sé bien que esto es irreplicable y por eso te mantendré siempre vivo en mi recuerdo*²².

²¹ Alberto REIG TAPIA, «Manuel Tuñón de Lara (1915-1997): ética, política e historia», *Sistema*, n.º 137, marzo de 1997, p. 5.

²² En el cementerio de Bilbao en Derio, Vizcaya, 27 de enero de 1997.